

# LA MISION PERMANENTE

Simón Barco

El 18 de mayo el Episcopado venezolano dio comienzo solemne a la Misión Permanente de 7 años de duración. Se trata de un extraordinario esfuerzo de nueva evangelización que emprende la Iglesia en Venezuela en la celebración de los 500 años del comienzo de la fe cristiana en América. Probablemente es la decisión más audaz y ambiciosa que toma nuestro Episcopado en este siglo. Y la más trascendente para el País al que la Iglesia quiere servir con la vida del Evangelio.

## NACER DE NUEVO

Al mismo tiempo la Iglesia venezolana corre grandes riesgos al hacer una invitación de tanta trascendencia. Por una sencilla razón: esta poderosa invitación a un esfuerzo pastoral de conjunto en todas las diócesis solamente puede tener éxito si "nacemos de nuevo". Si obispos, sacerdotes, religiosos y laicos actuamos como estamos acostumbrados a hacerlo, la MISION PERMANENTE no sólo no pasará de ser un episodio irrelevante para el futuro, sino que será fuente de conflictos. "Nadie puede ver el Reino de Dios si no nace de nuevo", dice Jesús a Nicodemo. A lo que éste responde con la dificultad de que un viejo nazca de nuevo. (Juan 3, 3-10).

Tras la invitación a la MISION PERMANENTE hay una concepción de Iglesia muy acorde con la primera comunidad cristiana y los documentos de renovación conciliar, pero muy distinta de lo que es la realidad cotidiana que vivimos en Venezuela. Y conviene ser claros en esto. Todo el Pueblo de Dios, por el mero hecho de haber recibido la fe en Jesucristo y la buena nueva del Reino, está llamado a hacerlas vida y a comunicárselas a otros. "El que ha sido evangelizado evangeliza a su vez. He aquí la prueba de la verdad, la piedra de toque de la evangelización: es impensable que un hombre haya acogido la Palabra y se haya entregado al reino sin convertirse en alguien que a su vez da testimonio y anuncia". (Pablo VI: Evangelii Nuntiandi N. 24). Impensable pero real: más del 90 por ciento de los católicos venezolanos están en esa situación. Y los obispos son obispos de este tipo de catolicismo. Y los sacerdotes, religiosos y laicos también. Tenemos que ayudarnos

mutuamente a reaprender lo que significa ser cristiano y a redefinir nuestro concreto papel en la Iglesia. De manera que el reto es nacer de nuevo y aprender de nuevo a ser laico, sacerdote, religioso y obispo.

La MISION no es algo "más de lo mismo". Es algo cualitativamente nuevo que tiene que nacer de lo viejo. Y esto no ocurre sin agonía y muerte de lo viejo. Por tanto parece inevitable la resistencia de los mismos que invitan con buena fe a la MISION y de los que acogen con entusiasmo esta invitación.

La Iglesia que se lanza a esta ambiciosa "expedición" tiene puntos fuertes en los que apoyarse y puntos débiles y obstáculos propios que vencer y superar. Para valorar la magnitud de lo que se nos propone veamos algunos rasgos de lo nuevo que tiene que nacer.

— La primera gran dificultad para los obispos —al menos para muchos de ellos— es entrar de veras y efectivamente en una pastoral de conjunto de alcance nacional y con cierto grado de coordinación entre las diócesis, disciplina, programación y evaluación. La dificultad es inmensa. Sin embargo los obispos han dado el sí a esta tarea.

## COMUNIDADES LAICALES EVANGELIZADORAS

— La segunda dificultad es ver nacer una Iglesia de laicado evangelizador activo, con su voz e identidad propias y definido en las áreas de su competencia. Y no asustarse de esta novedad que, si se da, traerá cambios insospechados para la Iglesia y el País. La MISION PERMANENTE supone una novedad tal que el laico, la comunidad de base y la Escritura combinadas y potenciándose mutuamente constituirán el núcleo básico eclesial al que el clero y el religioso potenciarán y abrirán campo. No es posible tomar en serio lo que nos proponen los obispos y empeñarnos en lograrlo con solo un par de miles de clérigos al cargo de un millar de parroquias de un promedio de diez a veinte mil personas. Para que el creyente sea sujeto activo de su fe necesita una estructura menor, más cercana y vital que alimenta su fe, su formación y su acción y que pueda caminar con mínima dependencia y presencia del clérigo.

Y esa es la comunidad eclesial de base, con el nombre que se le quiera dar.

Ella se convierte en una verdadera pequeña Iglesia donde se pone la vida de los creyentes en común, se escucha la Palabra de Dios y se discierne la vida cotidiana a la luz de esa Palabra y de la palabra de los hermanos que llevan a la acción. "Saluden a la Iglesia que se reúne en su casa", dice Pablo (Romanos, 16,5). Comunidades abiertas a las otras comunidades, a las unidades mayores de la Iglesia como son la parroquia y la diócesis y al específico papel del obispo, sacerdote o religioso. De estas comunidades dice la reciente Instrucción vaticana sobre Libertad Cristiana y Liberación: "Las nuevas comunidades eclesiales de base y otros grupos de cristianos formados para ser testigos de este amor evangélico son motivo de gran esperanza para la Iglesia" (N. 69) ¿Lo son verdaderamente para nuestro episcopado y clero en general? O más bien son motivo de temor. He aquí una de las claves del éxito o del fracaso de la MISION.

El crecimiento de lo nuevo en el laicado debe evitar su "clericalización". Como el modelo de evangelizador se toma del clérigo y de la religiosa, hay grave peligro de que el laico crea que la manera de hacerse evangelizador sea clericalizándose o piense que es la única manera de que se le reconozca. La verdad es que el laico es más Iglesia cuanto más laico y es menos Iglesia cuanto más "clericalizado". Conviene que disminuyamos nosotros los clérigos para que ellos crezcan. O más bien, que crezcamos y maduremos para saber dar paso a ellos. Y qué difícil es esto. No es que sobre el clérigo. Siempre van a faltar. Sino que su misión a tiempo completo debe entenderse como la de fomentar, apoyar, contribuir a formar evangelizadores con nueva presencia en la vida civil y en la comunidad eclesial. Cuando los clérigos venimos de una situación de cuasi-monopolio de la condición de evangelizadores, en la teoría, y, más grave aún, en la mentalidad que tenemos, ofrecemos duras resistencias.

La nueva presencia del laico supone un esfuerzo formidable de formación. No de formación libresco, ni de largos años apartados del quehacer cotidiano —cosa imposible para el laico—, sino formación en la vida, haciendo de la comunidad de base un centro de crecimiento y de formación y creando centros de apoyo a nivel diocesano y nacional. To-



do esto exige una agilidad y flexibilidad en sacerdotes, religiosas y religiosos para redefinir su papel en la Iglesia y en la sociedad, entenderse como complemento de los laicos y crear servicios formativos especiales para ese laicado. Redefinición que, en la medida en que apoya la identidad del otro, ayuda a precisar y descubrir la propia como parte del todo eclesial que es mucho más amplio que nosotros.

— La MISION supone también una **revolución organizativa** al cabo de los siete años. Quienes están poco familiarizados con la vida de la Iglesia se maravillan de la impresionante organización capilar que se extiende por todo el país abarcando en parroquias y llevando a barrios, pequeños caseríos y remotos poblados indígenas el mensaje evangélico. Ciertamente es digna de admiración.

Pero quienes vemos esta realidad por dentro, conocemos la poca eficacia de campañas como "compartir", la poca solidaridad interna y la poca fluidez en ambas direcciones de iniciativas locales y nacionales. Una aceptable marcha de la MISION debe traer un trascendental cambio de esta realidad.

— La MISION supone el paso a una **Iglesia que básicamente se autofi-**

nancia. El catolicismo nuestro tiene muy poco desarrolladas las actitudes y hábitos de contribuir al autosostenimiento de las iniciativas y servicios eclesiales que desarrolla. Esta falta de colaboración y autosostenimiento es tanto mayor cuanto más se sube en la escala de los ingresos económicos. Es significativo que, con frecuencia, para la limosna de la Iglesia se guardan aquellas monedas que por su insignificancia van dejando de circular en la vida diaria. Seguramente en esta actitud influye el hecho de que el catolicismo es considerado religión casi oficial. Más aún, desde los principios de la evangelización hasta hace 22 años hemos vivido bajo la ley del Patronato que suponía control y al mismo tiempo financiamiento, aunque esto no se diera siempre de acuerdo a las necesidades. Hoy todavía de alguna manera persiste la idea de que alguien —¿el Vaticano, el Estado?— financia la estructura operativa de la Iglesia.

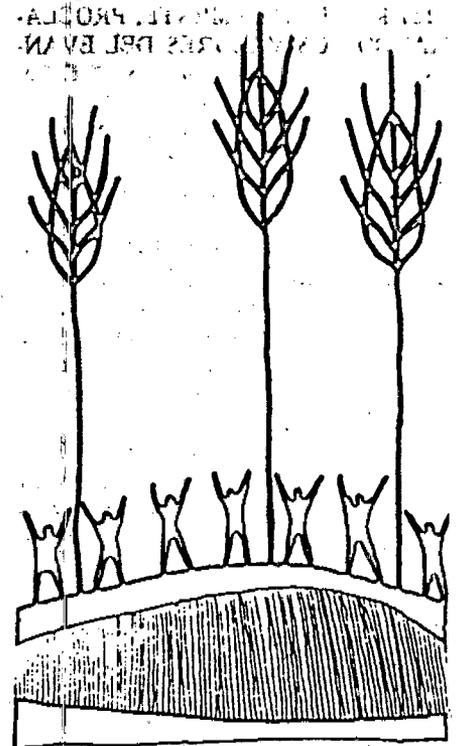
Por otra parte, a pesar de todas las orientaciones de la Iglesia, muy poco se han desarrollado en Venezuela formas eficaces de solidaridad económica y de comunicación de bienes (al menos mínima) que permitan iniciativas apostólicas en las comunidades más necesitadas, la atención a necesidades urgentes y el sostenimiento de evangelizadores, catequistas e incluso sacerdotes en las zonas más pobres. Y este no sólo es un problema económico, sino principalmente teológico y de fe concreta en la Iglesia. Nos dice San Pablo que esta solidaridad económica es "para que demuestren la sinceridad de su amor fraterno" (2 Corintios 8,8). Este espíritu es un don de Dios en su Iglesia y "quien siembra con mezquindad con mezquindad cosechará, y quien hace siembras generosas, generosas cosechas tendrá. Cada uno dé según lo decidió personalmente, y no de mala gana o a la fuerza" (2 Cor. 9, 6).

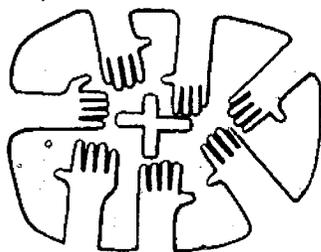
Esta falta de generosidad y de solidaridad lleva a una terrible debilidad y dependencia. Para el desarrollo de cualquier iniciativa, por modesta que sea, se acude a la generosidad de otras iglesias, como la alemana, o se llama a las puertas del Estado. Con el agravante de que al no contribuir —aunque sea con cantidades muy módicas— el cristiano no se siente de veras parte activa y responsable de la Iglesia.

Sabemos que la MISION se propone un financiamiento basado en el pequeño aporte de muchos cientos de miles de creyentes venezolanos. Mínimos sacrificios que fácilmente pueden financiar la MISION si por lo menos un buen

porcentaje de los católicos adultos pasa a la actitud de responsabilizarse de la Iglesia colaborando, aunque no sea más que con un bolívar mensual. Pero quien conoce las comunidades parroquiales sabe que todo esto supone un cambio lento que hay que ir motivando. Con constancia, dentro de siete años podremos tener una realidad distinta. Tenemos entendido que la financiación de la MISION parte de este propósito laudable. Pero también hemos escuchado críticas razonables y de buena voluntad a la manera de implementarlo. Tememos que al proponerse lograr este cambio el primer mes, antes de que le lleguen a la gente otras motivaciones para su participación activa en la misión y en una única campaña para los siete años, no se haya pulsado debidamente la realidad y la sensibilidad de las comunidades en este punto. La experiencia primera con sus problemas no debiera llevar a abortar una iniciativa y un propósito que repetido cada dos años, corrigiendo cada vez los errores y aprendiendo de la experiencia sí puede crear lo que hoy es una grave carencia de nuestra Iglesia. Incluso una vergüenza, cuando vemos cómo los católicos norteamericanos —por poner un ejemplo— cuando eran pobres inmigrantes sostenían su Iglesia. Lo hacían porque ellos se sentían Iglesia. Claro que eran minoría y en inferioridad en un ambiente protestante y eso siempre es un aglutinante.

— La MISION es un exigente **reaprendizaje** de los responsables, de





pastoral —cada uno a su nivel— del ejercicio de la autoridad en la Iglesia. La MISION se propone construir una Iglesia de comunión y de participación. Esto supone un ejercicio adulto y evangélico de la autoridad-servicio. Todavía nos queda mucho de la mundana autoridad-poder, impositiva, que no hace sino auventar, sobre todo a los laicos con iniciativa y responsabilidad adulta. En la Iglesia, como en Jesús, lo decisivo es la autoridad moral. La autoridad jurídica desnuda de santidad y de aliento evangélico queda como poder impositivo convirtiendo a los que la ejercitan en uno más de los numerosos funcionarios que se permiten el lujo de humillar y de ofender al débil, pues saben que éste tiene necesidad de un servicio del cual tienen monopolio.

### ¿HACIA UNA NUEVA SOCIEDAD?

— La Iglesia propone como objetivo general de la Misión “EVANGELIZAR INTEGRALMENTE, PROCLAMANDO LOS VALORES DEL EVANGELIO A LA LUZ DE LA OPCION FUNDAMENTAL POR LOS POBRES Y LOS JOVENES, OFRECIENDO A TODOS LO QUE TIENE DE MAS PROPIO: LA VERDAD SOBRE JESUCRISTO, LA IGLESIA Y EL HOMBRE”.

Esto supone una MISION profundamente enraizada y aterrizada en la realidad venezolana concreta y su búsqueda de salida de un modo de sociedad que no ofrece vida a las mayorías y que afortunadamente ha entrado en profunda e irreversible crisis.

El Plan de la MISION en su número 127 nos dice que “desde su misión evangelizadora, la Iglesia asume todas las aspiraciones y necesidades de los hombres, y se compromete en la construcción de una nueva sociedad y de la civilización del amor”. Sabemos que esta no es una mera frase retórica sino un muy exigente propósito que urge cambios profundos en la propia Iglesia para poder llevarlo a cabo. La reciente instrucción va-

ticana sobre “LIBERTAD CRISTIANA Y LIBERACION” expresa muy bien la urgencia y la magnitud de esta tarea:

“Un reto sin precedentes es lanzado hoy a los cristianos que trabajan en la realización de esta civilización del amor, que condensa toda la herencia ético-cultural del Evangelio. Esta tarea requiere una nueva reflexión sobre lo que constituye la relación del mandamiento supremo del amor y el orden social considerado en toda su complejidad.

“El fin directo de esta reflexión en profundidad es la elaboración y la puesta en marcha de programas de acción audaces con miras a la liberación socio-económica de millones de hombres y mujeres cuya situación de opresión económica,

social y política es intolerable” (N. 81).

Un reto sin precedentes. Así es la tarea de elaboración de programas de acción con miras a la liberación. Un reto sin precedentes es la MISION entera.

¿Imposible? ¿Absurdo pretender “nacer de nuevo”? Lo que es imposible para las instituciones meramente humanas no lo es para el Espíritu que renueva la tierra. No es casualidad que la MISION haya dado comienzo en la fiesta de Pentecostés, en la fiesta del Espíritu que puso en movimiento una comunidad bastante inepta para la tarea encomendada por Jesucristo. Y ahí continúa, 2000 años después, sembrando esperanza, renovándose y renovando.



## LA EDUCACION EN VENEZUELA

Este libro recoge la problemática de la Educación en Venezuela: su historia, su filosofía, sus contenidos, sus maestros... para la reflexión y búsqueda de perspectivas del presente educativo venezolano.

1. La Educación en los orígenes y creación de la nacionalidad (1498-1830)
2. Organización y consolidación del sistema educativo (1830-1935)
3. La Educación en el proceso de modernización de Venezuela (1936-1948)
4. Pensamiento educativo de AD. Raíces e ideas básicas (1936-1948)
5. El maestro en el proceso histórico venezolano
6. El maestro hoy
7. La Educación en COPEI
8. El Sistema Educativo
9. La Educación Técnica. Descripción general
10. El Ciclo Diversificado Industrial
11. Educación Básica. Filosofía
12. Educación Básica. Plan de Estudio
13. Educación Básica. El Alumno. Proceso evolutivo de su personalidad
- G-13. Educación Básica. El Alumno. Proceso evolutivo de su personalidad
14. Educación Básica. El Docente. Su perfil y formación
- G-14. Educación Básica. El Docente. Su perfil y formación
15. Educación Básica. La Comunidad Educativa
16. Educación Básica. La Evaluación
- G-16. Educación Básica. La Evaluación
17. La Ley Orgánica de Educación
18. Los Institutos Universitarios de Tecnología
19. Los Colegios Universitarios
20. Educación Básica. La orientación
- G-20. Educación Básica. La orientación
21. Actitudes y valores en la Educación Básica
22. Educación Básica. Área Estudios Sociales
- G-22. Educación Básica. Área Estudios Sociales

Los títulos precedidos de la letra G se refieren a GUÍAS DE ESTUDIO correspondientes